

El mastín de los
Baskerville
y
Memorias de
Sherlock Holmes

Edición de Alberto Laiseca

Traducción de Jorge León Burgos Funes

ARTHUR CONAN DOYLE



Colección: Nowtilus pocket
www.nowtiluspocket.com

Título: El mastín de los Baskerville y Memorias de Sherlock Holmes

Autor: Arthur Conan Doyle

Edición de: Alberto Laiseca

Traducción: Jorge León Burgos Funes

Copyright de la presente edición © 2010 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño de colección: Marine de Lafregeyre

Diseño de cubiertas: eXpresio estudio creativo

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN 13: 978-84-9763-811-1

Libro electrónico: primera edición

Índice

EL MASTÍN DE LOS BASKERVILLE	9
Prólogo	11
1. El señor Sherlock Holmes	15
2. La maldición de los Baskerville	23
3. El problema	35
4. <i>Sir</i> Henry Baskerville	45
5. Tres cabos rotos	57
6. La mansión de los Baskerville	69
7. Los Stapleton de la casa Merripit	79
8. Primer informe del doctor Watson	95
9. La luz en el páramo	103
10. Fragmento del diario del doctor Watson	121
11. El hombre del risco	131
12. Muerte en el páramo	145
13. Preparando las redes	159
14. El mastín de los Baskerville	171
15. Examen retrospectivo	183
MEMORIAS DE SHERLOCK HOLMES	195
Prólogo	197
1. La estrella de plata	203
2. La cara amarilla	233
3. El escribiente del corredor de bolsa	255
4. La corbeta Gloria Scott	277
5. El ritual de los <i>Musgrave</i>	299
6. El hidalgo de Reigate	321
7. El jorobado	343
8. El enfermo interno	363
9. El intérprete griego	383
10. El tratado naval	405
11. El problema final	443

El mastín de los Baskerville

Prólogo

El comienzo de esta novela (dos chistes cínicos por parte de Conan Doyle) no hace suponer el horror que vendrá después. La primera mordacidad proviene de Holmes, quien hace víctima a su viejo amigo el Dr. Watson. Pica la vanidad de este último consultándolo respecto a un bastón que dejó olvidado cierto visitante con quien se han desentendido. Permite que el otro se explaye a gusto y cada tanto lo anima: «¡Excelente!» «¡Un razonamiento perfecto!». Pero después de comprobar que, inflado como un pavo real, ha finalizado, lo destruye de la manera más sádica: «Me temo, mi querido Watson, que casi todas sus conclusiones son falsas. Cuando he dicho que me ha servido de estímulo me refería, si he de ser sincero, a que sus equivocaciones me han llevado, en ocasiones, a la verdad».

Pero a Sherlock Holmes también le toca algo inesperado, en el primer capítulo, y ello proviene justamente del dueño del bastón cuando por fin los encuentra: «Estoy muy interesado en usted, señor Holmes. No esperaba encontrarme con un cráneo tan dolicocefalo ni con un arco supraorbital tan pronunciado. ¿Le importaría que recorriera con el dedo su fisura parietal? Un molde de su cráneo, señor mío, hasta que pueda disponerse del original, sería el orgullo de cualquier museo antropológico. No es mi intención parecer empalagoso, pero confieso que codicio su cráneo». Creo que con esto el pobre Watson ha sido vengado.

Pero los chistes se terminan cuando empieza la monstruosidad y la tragedia. Un hombre ha muerto de miedo y está amenazada la vida de otro. Holmes tiene por delante una buena tarea.

Creo que solo un noble británico (un baronet, en este caso: *sir* Henry Baskerville) puede sentirse feliz de habitar la mansión de sus antepasados, cuando esta se levanta en

medio de un páramo frío y húmedo. Para colmo ahí tenemos a la ciénaga de Grimpen que se ha tragado ya a varios caballos. Cualquiera, en efecto, huiría espantado. Pero no *sir Henry*.

Como si lo anterior fuese poco, por el páramo suele marchar un mastín gigantesco y fantasmal, con boca y ojos de fuego. Varios lo han visto y pueden dar fe. Este animalito, grande como un borrego, es la maldición de los Baskerville, desde *sir Hugo* (antepasado de *sir Henry*), el primero en morir bajo sus dientes. *Sir Hugo* fue, en su momento, un chico malo y abusador con los campesinos (y sobre todo con las campesinas). La leyenda dice que el mastín perseguirá a los Baskerville hasta la tercera o cuarta generación. Una verdadera venganza teológica encargada de lavar los pecadillos de la familia.

Todo es tan terrorífico, en este libro, que uno no se convence de que no existan elementos mágicos, fantásticos y del otro mundo. Sí. En efecto. Pese a que quien esto escribe ya leyó la novela por lo menos dos veces y sabe bien que no es así.

Aquí campea el Conan Doyle que a mí más me gusta: el de las descripciones sombrías y luminosas al mismo tiempo. Como si fuese un cuadro de pintura rusa. Tenemos aquí una sabia y espantable mezcla de oro, plata y cobre... con la oscuridad.

El páramo, con sus vientos helados y tierra estéril, rodeado de «colinas dentadas y siniestras». «El traqueteo de las ruedas enmudecía cuando atravesábamos montones de vegetación podrida: tristes regalos, en mi opinión, que la naturaleza arrojaba delante del coche, en el que regresaba el heredero de los Baskerville».

Atrás quedaron las «hebras de oro» de los ríos espumantes y «la tierra roja recién removida por el arado». Ahora solo hay rocas gigantescas y algunos arbustos achaparrados. Pero si hay algo peor que el páramo es su continuación: la gran ciénaga de Grimpen. En ella se ven, cada tanto, engañosos manchones verdes. Uno supone que se trata de terreno sólido. Es, sin embargo, el peor sitio de la ciénaga. Hasta podría tragarse un tanque de guerra, si se hubiesen inventado por aquel entonces.

Pero para levantarnos el ánimo, cada tanto se escuchan sonidos que, a no dudar, provienen de la quinta torca del infierno. «Un largo gemido, muy profundo, indescribiblemente triste, se extendió por el páramo. Aunque llenaba el aire resultaba imposible decir de dónde procedía. De un murmullo apagado pasó a convertirse en un hondísimo rugido, para volver, nuevamente, al murmullo melancólico». Es el mastín de los Baskerville, que espera impaciente a *sir* Henry, listo para darse un festín. Para el monstruo, sin duda, el pobre hombre debe estar riquísimo.

Pero el páramo también nos reserva otras sorpresas. Hay aquí una pequeña ciudad de piedra, que miles de años atrás habitó la gente del neolítico. Se ven aún rastros de los lugares donde hacían fuego para cocinar, sus tumbas y enormes piedras, restos de templos paganos.

Esta obra, como en todas donde aparece el gran Sherlock, Holmes, nos alecciona con algunos de sus apotegmas y dogmas: «Cuanto más extravagante y grotesco resulta un incidente, mayor es la atención con que hay que examinarlo, y el punto que más parece complicar un caso es, cuando se estudia con cuidado y se maneja de manera científica, el que proporciona mayores posibilidades de dilucidarlo».

Sherlock Holmes puede decir lo que quiera, pero aquí hay un monstruo (no sabemos si canino o humano), y resolver el problema al detective le llevará más tiempo que el requerido para fumar tres pipas (recurso que utiliza frecuentemente para pensar). Esta vez la diabólica inteligencia contra la cual se mide es tan grande que le llevará cinco o siete pipas, calculo.

Otro delicioso apotegma: «El experto en criminología debe distinguir los setenta y cinco perfumes que se conocen y por lo que a mi propia experiencia se refiere, la resolución de más de un caso ha dependido de su rápida identificación. Aquel aroma sugería la presencia de una dama, por lo que mis sospechas empezaron a dirigirse hacia...». Y no cuento más para no arruinarle al lector el plato fuerte de la intriga...

Los alrededores de la mansión Baskerville son tan inclementes que uno (yo, por lo menos) vuelve a la infancia. Identificado con el personaje (*sir* Henry) no desea salir

al oscuro y frío viento, y sí quedarse junto a la acogedora chimenea encendida, tomando un riquísimo escocés. Cuando uno era chico no tomaba whisky, por cierto, pero le gustaba sentirse protegido.

La leyenda escrita del mastín (redactada para los Baskerville hace más de cien años) terminaba así: «...y os aconsejo, como medida de precaución, que os abstengáis de cruzar el páramo durante las horas de oscuridad en las que triunfan los poderes del mal».

Ahora bien, sabemos lo muy racionalista que es Sherlock Holmes. Sin embargo, para nuestra sorpresa, parece haberse tomado la leyenda al pie de la letra, ya que aconseja a *sir* Henry no salir a pasear por el páramo después de la caída del sol.

Pero lo diabólico que ronda el sitio ofrece al heredero de los Baskerville una tentación irresistible. ¿En qué consiste la tentación? No lo voy a decir aunque ganas no me faltan. Es más: acabo de morderme la mano derecha para no escribirlo.

¿Puedo decir la verdad? Siento envidia de ustedes, los lectores. Y no crean que la mía es una envidia sana, si no de esas que tienen color verde. Yo ya leí la novela varias veces, en tanto que para ustedes será la primera. Así, pues, nada ni nadie les privará del placer del miedo y del misterio.

Alberto Laiseca

El señor Sherlock Holmes

El señor Sherlock Holmes que, en general, se levantaba muy tarde, excepto en las ocasiones, nada infrecuentes, en que no se acostaba en toda la noche, estaba desayunando. Yo, que me encontraba de pie junto a la chimenea, me agaché para juntar el bastón que había olvidado nuestro visitante de la noche anterior. Sólido, de madera de buena calidad y gruesa empuñadura, pertenecía al tipo de bastones hechos con madera de palmera asiática. Debajo del puño tenía una ancha tira de plata, de más de dos centímetros, en la que estaba grabado, con el año 1884 «A James Mortimer, MRCS¹, de sus amigos de CCH». Era, exactamente, la clase de bastón que solían llevar los médicos de antes: digno, sólido y tranquilizador.

—Veamos, Watson, ¿a qué conclusiones llega?

Holmes me daba la espalda, y yo no le había mencionado lo que estaba haciendo.

—¿Cómo sabe lo que estoy haciendo? Voy empezar a creer que tiene ojos en la espalda.

—Lo que tengo, más bien, es una reluciente cafetera con baño de plata delante de mí —me respondió—. Vamos, Watson, dígame qué opina del bastón de nuestro visitante. Puesto que hemos tenido la desgracia de no coincidir con él e ignoramos qué era lo que quería, este recuerdo fortuito adquiere importancia. Descríbame al propietario, con los datos que le haya proporcionado el examen del bastón.

—Me parece —dije, siguiendo hasta donde me era posible los métodos de mi compañero— que el doctor Mortimer es un médico entrado en años, prestigioso en su profesión y muy reconocido, como lo prueba el hecho de que le regalaran el bastón.

—¡Bien! —dijo Holmes—. ¡Excelente!

¹ Miembro del Real Colegio de Cirujanos.

—También me parece muy probable que sea médico rural y que haga a pie muchas de sus visitas.

—¿Por qué dice eso?

—Porque este bastón, pese a su excelente calidad, está tan deteriorado que difícilmente imagino a un médico de ciudad llevándolo. El grueso remate de hierro está muy gastado, por lo que es evidente que su propietario ha caminado mucho con él.

—¡Un razonamiento perfecto! —dijo Holmes.

—Y además, no hay que olvidarse de los «amigos de CCH». A mi entender, se trata de algún Club local de cazadores², a cuyos miembros, es posible que haya atendido profesionalmente y que le hayan ofrecido en recompensa este pequeño obsequio.

—A decir verdad, ha hecho una gran deducción —dijo Holmes, apartando la silla de la mesa del desayuno y encendiendo un cigarrillo—. Me veo obligado a confesar que, en general, en los relatos, en los que ha tenido a bien contar mis modestos éxitos, siempre ha subestimado su habilidad personal. Puede ser, Watson, que no sea luminoso, pero sin duda, es un buen conductor de luz. Hay personas que sin ser genios poseen un notable poder de estímulo. He de reconocer, mi querido amigo, que estoy en deuda con usted.

Hasta entonces Holmes no se había mostrado nunca tan elogioso, y debo reconocer que sus palabras me produjeron una satisfacción muy intensa, porque la indiferencia con que recibía mi admiración y mis intentos de dar publicidad a sus métodos me había herido en muchas ocasiones. También me enorgullecía pensar que había llegado a dominar su sistema lo suficiente, como para aplicarlo de una forma capaz de merecer su aprobación. Acto seguido, Holmes se apoderó del bastón y lo examinó durante unos minutos. Luego, como si algo hubiera despertado especialmente su interés, dejó el cigarrillo y se trasladó con el bastón junto a la ventana, para examinarlo de nuevo bajo una lente convexa.

—Interesante, aunque elemental —dijo, mientras regresaba a su lugar preferido en el sofá—. Hay, sin duda,

² La deducción de Watson se explica porque la inicial H, sirve en inglés tanto para la palabra hunt, una de cuyas acepciones es «asociación de cazadores», como para «hospital».

una o dos indicaciones en el bastón que sirven de base para varias deducciones.

—¿Se me ha escapado algo? —pregunté con cierta presunción—. Confío en no haber olvidado nada importante.

—Me temo, mi querido Watson, que casi todas sus conclusiones son falsas. Cuando he dicho que me ha servido de estímulo me refería, si he de ser sincero, a que sus equivocaciones me han llevado, en ocasiones, a la verdad. Aunque tampoco es cierto que se haya equivocado por completo en este caso.

Se trata sin duda de un médico rural que camina mucho.

—Entonces tenía yo razón.

—Hasta ahí, sí.

—Pero solo hasta ahí.

—Solo hasta ahí, mi querido Watson; porque eso no es todo, ni mucho menos. Yo consideraría más probable, por ejemplo, que un regalo a un médico proceda de un hospital y no de una asociación de cazadores, y que cuando las iniciales CC aparecen unidas a la palabra hospital, se nos ocurra enseguida que se trata de Charing Cross.

—Quizá tenga razón.

—Las probabilidades se orientan en ese sentido. Y si adoptamos esto como hipótesis de trabajo, disponemos de un nuevo punto de partida desde donde dar forma a nuestro desconocido visitante.

—De acuerdo; supongamos que «CCH» significa «hospital de Charing Cross»; ¿qué otras conclusiones se pueden sacar de ahí?

—¿No se le ocurre alguna, de inmediato? Conoce mis métodos. ¡Aplíquelos!

—Solo se me ocurre la conclusión evidente de que nuestro hombre ha ejercido su profesión en Londres, antes de partir al campo.

—Creo que podemos aventurarnos un poco más. Véalo desde esta perspectiva. ¿En qué ocasión, es más probable que se hiciera un regalo de esas características? ¿Cuándo, se habrán puesto de acuerdo sus amigos para darle esa prueba de afecto? Evidentemente, en el momento en que el doctor Mortimer dejó de trabajar en el hospital, a

fin de establecerse y trabajar independientemente. Sabemos que se le hizo un regalo. Creemos que se ha producido un cambio y que el doctor Mortimer ha pasado del hospital de la ciudad a un puesto médico en el campo. ¿Piensa que estamos llevando demasiado lejos nuestras deducciones, si decimos que el regalo se hizo con motivo de ese cambio?

—Parece probable, desde luego.

—Observaré, además, que no podía formar parte del personal permanente del hospital, ya que tan solo se nombra para esos puestos a profesionales experimentados con una buena clientela en Londres, y un médico de esas características, no se marcharía después a un pueblo. ¿Qué era, en ese caso? Si trabajaba en el hospital, sin haberse incorporado al personal permanente, solo podía ser cirujano o médico interno, es decir, un poco más que un estudiante del último curso. Y, abandonó el hospital hace cinco años; la fecha está en el bastón. De manera que su médico de cabecera, serio y maduro, se esfuma, mi querido Watson. Y aparece, en su lugar, un joven que no ha cumplido aún treinta años, afable, poco ambicioso, distraído y dueño de un perro por el que siente gran afecto, y que describiré, aproximadamente, como más grande que un terrier, pero más pequeño que un mastín.

Me eché a reír con incredulidad, mientras Sherlock Holmes se recostaba en el sofá y lanzaba temblorosos anillos de humo.

—En cuanto a sus últimas afirmaciones, carezco de medios para comprobarlas —dije—, pero, al menos, no nos será difícil encontrar algunos datos sobre la edad y trayectoria profesional de nuestro hombre.

Del modesto estante, donde guardaba los libros relacionados con la medicina, saqué el directorio médico y, al buscar por el apellido, encontré varios Mortimer, pero solo uno coincidía con nuestro visitante, por lo que procedí a leer en voz alta la nota biográfica.

Mortimer, James, MRCS, 1882, Grimpen, Dartmoor, Devonshire. De 1882 a 1884, cirujano interno en el hospital de Charing Cross. En posesión del premio Jackson de patología comparada, gracias al trabajo titulado *¿Es la enfermedad una regresión?* Miembro correspondiente de la

Sociedad Sueca de Patología. Autor de *Algunos fenómenos de atavismo* (Lancet, 1882), ¿Estamos progresando? (*Journal of Psychology*, marzo de 1883). Médico de los municipios de Grimpen, Thorsley y High Barrow.

—No se menciona ninguna asociación de cazadores —comentó Holmes con una sonrisa maliciosa—; pero sí, que nuestro visitante es médico rural, como usted correctamente hizo notar. Creo que mis deducciones están justificadas.

Por lo que se refiere a los adjetivos, dije, si no recuerdo mal, afable, poco ambicioso y distraído. Según mi experiencia, solo un hombre afable recibe regalos de sus colegas, solo un hombre sin ambiciones abandona una carrera en Londres para irse a un pueblo, y solo una persona distraída deja el bastón en lugar de la tarjeta de visita después de esperar una hora.

—¿Y el perro?

—Está acostumbrado a llevarle el bastón a su amo. Como es un objeto pesado, tiene que sujetarlo con fuerza por el centro y las marcas de sus dientes son perfectamente visibles. La mandíbula del animal, como pone de manifiesto la distancia entre las marcas, es, en mi opinión, demasiado ancha para un terrier y no lo suficiente ancha para un mastín. Podría ser..., sí, claro que sí: se trata de un spaniel de pelo rizado.

Holmes se había puesto de pie y paseaba por la habitación, mientras hablaba. Finalmente se detuvo junto a la ventana. Había un tono tal de convicción en su voz que levanté la vista sorprendido.

—¿Cómo puede estar tan seguro de eso?

—Por la sencilla razón de que estoy viendo al perro, delante de nuestra casa y acabamos de oír cómo su dueño ha llamado a la puerta. No se mueva, se lo ruego. Se trata de uno de sus hermanos de profesión y su presencia puede serme de ayuda. Este es el momento dramático del destino, Watson: se oyen en la escalera los pasos de alguien que se dispone a entrar en nuestra vida y no sabemos si será para bien o para mal. ¿Qué es lo que el doctor James Mortimer, el científico, desea de Sherlock Holmes, el detective?

¡Adelante!

El aspecto de nuestro visitante fue una sorpresa para mí, dado que esperaba al típico médico rural y me encontré a un hombre muy alto y delgado, de nariz larga y ganchuda, disparada hacia adelante entre unos ojos grises y penetrantes, muy juntos, que centelleaban desde detrás de unos lentes de marco dorado. Vestía de acuerdo con su profesión, pero de manera un tanto descuidada, porque su saco estaba sucio y los pantalones deshilachados. Cargado de espaldas, aunque todavía joven, caminaba echando la cabeza hacia adelante y ofrecía un aire general de benevolencia. Al entrar, sus ojos tropezaron con el bastón que Holmes tenía entre las manos, por lo que se precipitó hacia él, lanzando una exclamación de alegría.

—¡Cuánto me alegro! —dijo—. No sabía si lo había dejado aquí o en la agencia marítima. Sentiría mucho perder ese bastón.

—Un regalo, por lo que veo —dijo Holmes.

—Así es.

—¿Del hospital de Charing Cross?

—De uno o dos amigos que tenía allí, con ocasión de mi matrimonio.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué contrariedad! —dijo Holmes, agitando la cabeza.

—¿Cuál es la contrariedad?

—Que ha desbaratado, con lo que dijo, nuestras modestas deducciones. ¿Su matrimonio, ha dicho?

—Sí, señor. Al casarme dejé el hospital y con ello, toda esperanza de abrir un consultorio. Necesitaba un hogar propio.

—Bien, bien; no estábamos tan equivocados, después de todo —dijo Holmes—. Y ahora, doctor James Mortimer...

—No soy doctor; tan solo un modesto MRCS.

—Y persona amante de la exactitud, por lo que se ve.

—Un simple aficionado a la ciencia, señor Holmes, coleccionista de caracoles en las playas del gran océano de lo desconocido. Imagino que estoy hablando con el señor Sherlock Holmes y no...

—No se equivoca; yo soy Sherlock Holmes y este es mi amigo, el doctor Watson.

—Encantado de conocerlo, doctor Watson. He oído mencionar su nombre junto con el de su amigo. Estoy muy interesado en usted, señor Holmes. No esperaba encontrarme con un cráneo tan dolicocefalo ni con un arco supraorbital tan pronunciado. ¿Le importaría que recorriera con el dedo su fisura parietal? Un molde de su cráneo, señor mío, hasta que pueda disponerse del original, sería el orgullo de cualquier museo antropológico. No es mi intención parecer empalagoso, pero confieso que codicio su cráneo.

Sherlock Holmes hizo un gesto con la mano para invitar a nuestro extraño visitante a que tomara asiento.

—Veo que se entusiasma tanto con sus ideas, como yo con las mías —dijo—. Y observo, por su dedo índice, que se arma sus propios cigarrillos. No dude en encender uno, si así lo desea.

El doctor Mortimer sacó papel y tabaco y lió un cigarrillo, con sorprendente destreza. Sus dedos, largos y temblorosos, eran tan ágiles e inquietos como las antenas de un insecto.

Holmes guardó silencio, pero la intensidad de su atención me demostraba el interés que despertaba en él nuestro curioso visitante.

—Supongo —dijo finalmente—, que no debemos el honor de su visita de anoche y esta de hoy, exclusivamente a su deseo de examinar mi cráneo.

—No, claro está; aunque también me alegro de haber tenido la oportunidad de hacerlo. Estoy aquí, señor Holmes, porque reconozco que carezco de todo sentido práctico y porque me enfrento, de repente, con un problema tan grave como particular. Y reconociendo, como yo lo reconozco, que es usted el segundo experto europeo mejor calificado...

—Ah. ¿Puedo preguntarle a quién corresponde el honor de ser el primero? —lo interrumpió Holmes, con alguna aspereza.

—Para una persona amante de la exactitud y de la ciencia, el trabajo de *monsieur* Bertillon tendrá siempre un poderoso atractivo.

—¿No sería mejor consultarle a él en ese caso?

—He hablado de personas amantes de la exactitud y de la ciencia. Pero en cuanto a sentido práctico, todo el

mundo reconoce que carece de rival. Espero, señor mío, no haber...

—Tan solo un poco —dijo Holmes—. No estará de más, doctor Mortimer que, sin más preámbulo, tenga la amabilidad de contarme en pocas palabras cuál es exactamente el problema, para cuya resolución solicita mi ayuda.

La maldición de los Baskerville

—Traigo un manuscrito en el bolsillo —dijo el doctor James Mortimer.

—Lo noté cuando entró en la habitación —dijo Holmes.

—Es un manuscrito antiguo.

—Primera mitad del siglo XVIII, a no ser que se trate de una falsificación.

—¿Cómo lo sabe?

—Los tres o cuatro centímetros que quedan al descubierto me han permitido examinarlo mientras hablaba. Una persona que no esté en condiciones de calcular la fecha de un documento, con un margen de error de una década, más o menos, no es un experto. Tal vez, conozca mi modesta monografía sobre el tema. Yo lo situaría hacia 1730.

—La fecha exacta es 1742 —el doctor Mortimer sacó el manuscrito del bolsillo interior del saco—. *Sir Charles Baskerville*, cuya repentina y trágica muerte, hace unos tres meses, causó tanto revuelo en Devonshire, confió a mi cuidado este documento de su familia. Quizá deba explicar que yo era su amigo, además de su médico. *Sir Charles*, pese a ser un hombre resuelto, perspicaz, práctico y tan poco imaginativo como yo, consideraba este documento una cosa muy seria y estaba preparado para que le sucediera lo que, finalmente, puso fin a su vida.

Holmes extendió la mano para recibir el documento y lo alisó sobre su rodilla.

—Fíjese, Watson, en el uso alternativo de la S larga y corta. Es uno de los indicios que me han permitido calcular la fecha.

Por encima de su hombro, contemplé el papel amarillento y la escritura ya borrosa. En el encabezamiento se

leía: «Mansión de los Baskerville», y debajo, con grandes números irregulares, «1742».

—Parece una declaración.

—Sí, es una declaración acerca de cierta leyenda relacionada con la familia de los Baskerville.

—Pero imagino que me quiere consultar acerca de algo más moderno y práctico.

—De inmediata actualidad. Una cuestión en extremo práctica y urgente que hay que decidir en un plazo de veinticuatro horas. Pero el relato es breve y está íntimamente ligado con el problema. Con su permiso voy a proceder a lérselo.

Holmes se recostó en el asiento, unió las manos por las puntas de los dedos y cerró los ojos con gesto de resignación. El doctor Mortimer colocó el manuscrito hacia la luz y leyó, con voz aguda que se quebraba a veces, la siguiente narración pintoresca y extraña, al mismo tiempo.

Sobre el origen del mastín de los Baskerville se han dado muchas explicaciones, pero como yo procedo en línea directa de Hugo Baskerville y la historia me la contó mi padre, que a su vez la supo de mi abuelo, la he puesto por escrito convencido de que todo sucedió exactamente como aquí se relata. Con ello, quisiera convencerlos, hijos míos, de que la misma Justicia que castiga el pecado puede también perdonarlo sin exigir nada a cambio, y que no existe anatema que no pueda superarse, gracias al poder de la oración y el arrepentimiento. Aprended de esta historia a no temer los frutos del pasado, sino, más bien, a ser circunspectos en el futuro, de manera que las horribles pasiones, por las que nuestra familia ha sufrido hasta ahora tan atrozmente, no se desaten de nuevo para provocar nuestra perdición.

Sabed, entonces, que en la época de la gran rebelión (y mucho os recomiendo la historia que de ella escribió el sabio *lord* Clarendon) el propietario de esta mansión de los Baskerville se llamaba Hugo, del mismo apellido, y no es posible ocultar que se trataba del hombre más salvaje, soez y sin Dios que pueda imaginarse. Todo esto, a decir verdad, podrían habérselo perdonado los habitantes de esta región, dado que los santos no han

florecido nunca por aquí, si no fuera porque había además en él un gusto por lo temerario y la crueldad que lo hicieron tristemente célebre en todo el Oeste. Sucedió que Hugo dio en amar (si es que se le puede dar ese nombre a una pasión tan sombría) a la hija de un pequeño terrateniente que vivía cerca de las propiedades de los Baskerville. Pero la joven, discreta y de buena reputación, evitaba siempre a Hugo, por el temor que le inspiraba su nefasta notoriedad. Sucedió así que, un día de San Miguel, este antepasado nuestro, con cinco o seis de sus compañeros desalmados, llegó a escondidas hasta la granja y secuestró a la doncella, en conocimiento de que su padre y sus hermanos no estaban en la casa. Una vez en la mansión, recluyeron a la doncella en una habitación de la planta alta, mientras Hugo y sus amigos se disponían a celebrar una fiesta, al igual que todas las noches. Lo más probable es que a la pobre chica se le trastornara el juicio, al oír los cantos y los gritos y los terribles insultos que le llegaban desde abajo, porque dicen que las palabras que utilizaba Hugo Baskerville cuando estaba borracho bastarían para fulminar al hombre que las pronunciara. Finalmente, impulsada por el miedo, la muchacha hizo algo a lo que quizás no se hubiera atrevido el más valiente y ágil de los hombres: por la enredadera que cubría (y todavía cubre) el lado sur de la casa descendió y se encaminó hacia su casa, a través del páramo, dispuesta a recorrer las tres leguas que separaban la mansión de la granja de su padre.

Sucedió que, un poco después, Hugo dejó a sus invitados para llevar alimento y bebida (con, tal vez, peores propósitos) a su cautiva, y encontró la jaula vacía y que el pájaro se había escapado. A partir de aquel momento, por lo que parece, el carcelero burlado pareció por el demonio, porque bajó corriendo las escaleras para regresar al comedor, saltó sobre la gran mesa, haciendo volar por los aires jarras y fuentes, y dijo, a grandes gritos, ante todos los presentes, que aquella misma noche entregaría cuerpo y alma a los poderes del mal, si conseguía alcanzar a la muchacha. Y aunque a los allí presentes les espantó la furia de aquel hombre, hubo uno más perverso o, tal vez, más borracho que los demás, que propuso lan-

zar a los sabuesos en persecución de la doncella. Al oírlo, Hugo salió corriendo de la casa y ordenó, a gritos a sus criados, que le ensillaran la yegua y soltaran la jauría; después de dar a los perros un pañuelo de la doncella, los puso inmediatamente sobre su pista para que, a la luz de la luna, la persiguieran por el páramo.

Durante algún tiempo todos quedaron mudos, incapaces de entender lo que estaba sucediendo. Pero después, salieron de su perplejidad e imaginaron lo que, probablemente, estaba a punto de suceder. El alboroto fue inmediato: unos, pedían sus armas, otros, su caballo y otros, otra jarra de vino. A la larga, sin embargo, sus mentes enloquecidas recobraron un poco de sensatez y todos, trece en total, montaron a caballo y salieron con Hugo. La luna brillaba sobre sus cabezas y cabalgaron a gran velocidad, siguiendo el camino que la muchacha tenía que haber tomado para volver a su casa.

Habían recorrido alrededor de media legua, cuando se cruzaron con uno de los pastores que cuidaban durante la noche el ganado del páramo y lo interrogaron a gritos, pidiéndole noticias de la partida de caza. Y aquel hombre, según cuenta la historia, aunque se hallaba tan dominado por el miedo que apenas podía hablar, contó por fin que había visto a la desgraciada doncella y a los sabuesos que seguían su pista.

Pero he visto más que eso —añadió—, porque también me he cruzado con Hugo Baskerville, montado en su yegua negra, y tras él corría, en silencio, un mastín infernal, que nunca quiera Dios que llegue a seguirme los pasos.

De manera que los caballeros borrachos maldijeron al pastor y siguieron adelante. Pero muy pronto se les heló la sangre en las venas, porque oyeron el ruido de unos cascos al galope y enseguida pasó ante ellos, arrasando las riendas y sin jinete en la silla, la yegua negra de Hugo, cubierta de espuma blanca. A partir de aquel momento, llenos de espanto, siguieron avanzando por el páramo, aunque cada uno, si hubiera estado solo, habría regresado con verdadera alegría. Después de cabalgar más lentamente, llegaron finalmente a donde se encontraban los sabuesos. Los pobres animales, aunque afamados por

su valentía y pureza de raza, gemían amontonados a la entrada de una profunda cañada, algunos escabulléndose y otros, con el pelo erizado y los ojos desorbitados, mirando fijamente el fondo del valle que tenían delante.

Los jinetes, mucho menos borrachos que al comienzo de su expedición, se detuvieron. La mayor parte se negó a seguir adelante, pero tres de ellos, los más audaces o, tal vez, los más ebrios, continuaron hasta llegar al fondo del valle, que se ensanchaba muy pronto y en el que se alzaban dos de esas grandes piedras, que aún perduran en la actualidad, obra de pueblos olvidados, de tiempos remotos. La luna iluminaba el claro y en el centro se encontraba la desgraciada doncella en el lugar donde había caído, muerta de terror y de fatiga. Pero no fue la vista de su cuerpo, ni tampoco la del cadáver de Hugo Baskerville, que yacía cerca, lo que hizo que a aquellos caballeros temerarios se les erizara la piel, sino el hecho de que, encima de Hugo y desgarrándole el cuello, había una espantosa criatura: una enorme bestia negra con forma de sabueso, pero más grande que ninguno de los sabuesos jamás vistos por ojo humano.

Acto seguido, y en su presencia, aquella criatura infernal arrancó la cabeza de Hugo Baskerville y volvió hacia ellos los ojos llameantes y las mandíbulas ensangrentadas. Los tres lanzaron gritos de terror y volvieron desesperadamente, sin dejar de lanzar alaridos mientras galopaban por el páramo. Según se cuenta, uno de ellos murió aquella misma noche, a consecuencia de lo que había visto, y los otros dos no llegaron a reponerse en los años que aún les quedaban de vida.

Esa es la historia, hijos míos, de la aparición del mastín que, según se dice, ha atormentado, tan cruelmente, a nuestra familia desde entonces. Lo he puesto por escrito, porque lo que se conoce con certeza causa menos terror que lo que solo se insinúa o adivina. Como tampoco se puede negar que son muchos los miembros de nuestra familia que han tenido muertes desgraciadas, con frecuencia repentinas, sangrientas y misteriosas. Quizá podamos, sin embargo, refugiarnos en la bondad infinita de la Providencia, que no castigará sin motivo a los inocentes más allá de la tercera o la cuarta generación,

que es hasta donde se extiende la amenaza de la Sagrada Escritura. A esa Providencia, hijos míos, os encomiendo ahora y os aconsejo, como medida de precaución, que os abstengáis de cruzar el páramo durante las horas de oscuridad en las que triunfan los poderes del mal.

De Hugo Baskerville para sus hijos Rodger y John, instándoles a que no digan nada de su contenido a Elizabeth, su hermana.

Cuando el doctor Mortimer terminó de leer aquella singular narración levantó sus lentes hasta colocárselos en la frente y se quedó mirando a Sherlock Holmes. Este último bostezó y arrojó al fuego la colilla del cigarrillo que había estado fumando.

—¿Y bien? —dijo.

—¿Le parece interesante?

—Para un coleccionista de cuentos de hadas.

El doctor Mortimer se sacó del bolsillo un periódico doblado.

—Ahora, señor Holmes, voy a leerle una noticia un poco más reciente, publicada en el *Devon County Chronicle* del 14 de junio de este año. Es un breve resumen, de la información obtenida tras la muerte de *sir* Charles Baskerville, ocurrida pocos días antes.

Mi amigo se inclinó un poco hacia adelante, y su expresión pareció más atenta. Nuestro visitante se ajustó los anteojos y comenzó a leer:

El fallecimiento repentino de *sir* Charles Baskerville, cuyo nombre se había mencionado como probable candidato del partido liberal en Mid-Devon para las próximas elecciones, ha entristecido a todo el condado. Si bien *sir* Charles había residido en la mansión de los Baskerville durante un período comparativamente breve, su simpatía y su extraordinaria generosidad le ganaron el afecto y el respeto de quienes lo conocieron. En estos días de nuevos ricos, es consolador encontrar un caso en el que el descendiente de una antigua familia venida a menos ha sido capaz de enriquecerse en el extranjero y de regresar luego a la tierra de sus mayores, para restaurar el pasado

esplendor de su linaje. *Sir* Charles, como es bien sabido, se enriqueció mediante la especulación sudafricana. Más prudente que quienes siguen en los negocios hasta que la rueda de la fortuna se vuelve contra ellos, *sir* Charles se detuvo a tiempo y regresó a Inglaterra con sus ganancias. Han pasado solo dos años desde que estableció su residencia en la mansión de los Baskerville, y todos conocen los ambiciosos planes de reconstrucción y mejora que han quedado trágicamente interrumpidos por su muerte.

Dado que no tenía hijos, su deseo, públicamente expresado, era que toda la zona se beneficiara, en vida suya, de su buena fortuna, y serán muchos los que tengan razones personales para lamentar su prematura desaparición. Las columnas de este periódico se han hecho eco, con frecuencia, de sus generosas donaciones a obras de caridad, tanto locales como del condado.

No puede decirse que la investigación efectuada haya aclarado por completo las circunstancias relacionadas con la muerte de *sir* Charles, pero, al menos, se ha echado luz suficiente, como para poner fin a los rumores, originados por la superstición local. No hay razón alguna para sospechar que se haya cometido un delito, ni para imaginar que el fallecimiento no obedezca a causas naturales. *Sir* Charles era viudo y quizá, también, una persona un tanto excéntrica en algunas cuestiones. A pesar de su considerable fortuna, sus gustos eran muy sencillos y contaba únicamente, para su servicio personal, con el matrimonio apellidado Barrymore: el marido en calidad de mayordomo y la esposa como ama de llaves. Su testimonio, corroborado por el de varios amigos, ha servido para poner de manifiesto que la salud de *sir* Charles empeoraba desde hacía algún tiempo y, de manera especial, que le aquejaba una afección cardíaca con manifestaciones como palidez, ahogos y ataques agudos de depresión nerviosa. El doctor James Mortimer, amigo y médico de cabecera del difunto, ha testimoniado en el mismo sentido.

Los hechos se relatan sin dificultad. *Sir* Charles tenía por costumbre pasear todas las noches, antes de acostarse, por el famoso paseo de los Tejos de la mansión de los Baskerville. El testimonio de los Barrymore confirma esa costumbre. El cuatro de junio, *sir* Charles ma-

nifestó su intención de emprender un viaje a Londres, al día siguiente, y encargó a Barrymore que le preparase el equipaje. Aquella noche salió como de costumbre a dar su paseo nocturno, durante el cual solía fumarse un habano, pero nunca regresó. A las doce, al encontrar todavía abierta la puerta principal, el mayordomo se alarmó y, después de encender una linterna, salió en busca de su señor. Había llovido durante el día, y no le fue difícil seguir las huellas de *sir* Charles por el paseo de los Tejos. Hacia la mitad del recorrido hay un portón para salir al páramo. *Sir* Charles, al parecer, se detuvo allí algún tiempo. El mayordomo siguió adelante por la avenida y en el extremo que queda más alejado de la mansión encontró el cadáver. Según el testimonio de Barrymore, las huellas de los pasos de su señor cambiaron de aspecto, inmediatamente después de cruzar el portón, ya que a partir de entonces anduvo, al parecer, en puntas de pie. Un individuo llamado Murphy se encontraba, en ese momento, no muy lejos de allí, pero, según su propia confesión, estaba borracho. Murphy afirma que oyó gritos, pero es incapaz de precisar de dónde procedían. En el cuerpo de *sir* Charles no se descubrió señal alguna de violencia, y aunque el testimonio del médico señala una distorsión casi increíble de los rasgos faciales —hasta el punto que, en un primer momento, el doctor Mortimer, se negó a creer que fuera efectivamente su amigo y paciente—, pudo saberse que se trata de un síntoma, no del todo infrecuente, en casos de disnea y de muerte por agotamiento cardíaco. Esta explicación se vio corroborada por el examen post mortem que puso de manifiesto una enfermedad orgánica crónica, y el jurado del juez interviniente dictó un veredicto en concordancia con las pruebas médicas. Hemos de felicitarnos de que haya sido así, porque, evidentemente, es de suma importancia que el heredero de *sir* Charles se instale en la mansión y prosiga la encomiable tarea tan tristemente interrumpida. Si los prosaicos hallazgos del juez no hubieran puesto fin a las historias románticas, susurradas en conexión con estos sucesos, podría haber resultado difícil encontrar un nuevo ocupante para la mansión de los Baskerville. Según se sabe, el pariente más próximo de *sir* Charles es el señor

Henry Baskerville, hijo de su hermano menor, en el caso de que aún siga con vida. La última vez que se tuvo noticias de este joven se hallaba en Estados Unidos y se están haciendo las averiguaciones necesarias para informarle de lo sucedido.

El doctor Mortimer volvió a doblar el periódico y se lo guardó en el bolsillo.

—Esos son, señor Holmes, los hechos en conexión con la muerte de *sir* Charles Baskerville, que han llegado a conocimiento de la opinión pública.

—Tengo que agradecerle —dijo Sherlock Holmes— que me haya informado sobre un caso que presenta sin duda algunos rasgos de interés. Recuerdo haber leído, cuando murió *sir* Charles, algunos comentarios periodísticos, pero estaba muy ocupado con el asunto de los camaféos del Vaticano y, arrastrado por mi deseo de complacer a su Santidad, perdí contacto con varios casos muy interesantes de mi país. ¿Dice que ese artículo contiene todos los hechos de conocimiento público?

—Así es.

—En ese caso, infórmeme de los privados —recostándose en el sofá, Sherlock Holmes volvió a unir las manos por las puntas de los dedos y adoptó su expresión más impasible y juiciosa.

—Al hacerlo —explicó el doctor Mortimer, que empezaba a dar la impresión de estar muy emocionado— me dispongo a contarle algo que no he revelado a nadie. Mi principal motivo para ocultarlo durante la investigación del juez es que un hombre de ciencia no puede adoptar públicamente una posición que, en apariencia, podría servir de apoyo a la superstición. Me impulsó además el motivo suplementario de que, como dice el periódico, la mansión de los Baskerville permanecería sin duda deshabitada si contribuyéramos de algún modo a confirmar su reputación, ya de por sí bastante siniestra. Por esas dos razones me pareció prudente decir bastante menos de lo que sabía, dado que no se iba a obtener con ello ningún beneficio práctico, mientras que ahora, tratándose de usted, no hay motivo alguno para que no me sincere por completo.

El páramo está muy escasamente habitado y los pocos vecinos con que cuenta se visitan con frecuencia. Esa es la razón de que yo viera a menudo a *sir* Charles Baskerville. Con la excepción del señor Frankland, de la mansión Lafter y del señor Stapleton, el naturalista, no hay otras personas educadas en muchos kilómetros a la redonda. *Sir* Charles era un hombre reservado, pero su enfermedad motivó que nos tratáramos y la coincidencia de nuestros intereses científicos contribuyó a reforzar nuestra relación. Había traído abundante información científica de África del Sur y fueron muchas las veladas que pasamos conversando agradablemente sobre la anatomía comparada del bosquimano y del hotentote.

En el transcurso de los últimos meses advertí, cada vez con mayor claridad, que el sistema nervioso de *sir* Charles estaba sometido a una tensión casi insostenible. Se había tomado tan excesivamente en serio la leyenda que acabo de leerle que, si bien paseaba por los jardines de su propiedad, nada le habría impulsado a salir al páramo durante la noche. Por increíble que pueda parecerle, señor Holmes, estaba convencido de que pesaba sobre su familia un destino terrible y, a decir verdad, la información que disponía acerca de sus antepasados no invitaba al optimismo. Le obsesionaba la idea de una presencia horrorosa, y en más de una ocasión me preguntó si, durante los viajes que a veces realizo de noche por motivos profesionales, había visto alguna criatura extraña o había oído los ladridos de un sabueso. Esta última pregunta me la hizo en varias ocasiones y siempre con una voz alterada por la emoción.

Recuerdo muy bien un día, aproximadamente tres semanas antes del fatal desenlace, en que llegué a su casa, ya de noche. *Sir* Charles estaba casualmente junto a la puerta principal. Yo había bajado de mi carruaje y, al dirigirme hacia él, advertí que sus ojos, fijos en algo situado por encima de mi hombro, estaban llenos de horror. Al volverme, solo tuve tiempo de vislumbrar lo que me pareció una gran ternera negra que cruzaba por el otro extremo del paseo. Mi anfitrión estaba tan excitado y alarmado que tuve que ir hasta el lugar exacto donde había visto al animal y buscarlo por los alrededores, pero había desaparecido, aunque el incidente pareció dejar una impresión

penosísima en su imaginación. Le hice compañía durante toda la velada y fue en aquella ocasión, y para explicarme la emoción del que había sido presa, cuando confió a mi cuidado la narración que le he leído al comienzo de mi visita. Menciono este episodio insignificante, porque adquiere cierta importancia dada la tragedia posterior, aunque por entonces yo estuviera convencido de que se trataba de algo perfectamente trivial, y que la agitación de mi amigo carecía de fundamento.

Sir Charles se disponía a venir a Londres por consejo mío. Yo sabía que estaba enfermo del corazón y que la ansiedad constante en que vivía, por quiméricos que fueran los motivos, tenía un efecto muy negativo sobre su salud. Me pareció que si se distraía, durante unos meses, en la gran metrópoli londinense, se restablecería. El señor Stapleton, un amigo en común, a quien también le preocupaba mucho su estado de salud, era de la misma opinión. Y en el último momento, se produjo la terrible catástrofe.

La noche de la muerte de *sir* Charles, Barrymore, el mayordomo, que fue quien descubrió el cadáver, envió a Perkins, el mozo de cuadra, a caballo, a buscarme y, dado que no me había acostado aún, pude presentarme en la mansión, en menos de una hora. Comprobé todos los hechos que más adelante se mencionaron en la investigación. Seguí las huellas por el paseo de los Tejos y vi el lugar junto al portón que da al páramo, donde *sir* Charles parecía haber estado esperando, y advertí también el cambio en la forma de las huellas a partir de aquel momento, así como la ausencia de otras huellas distintas a las de Barrymore sobre la arena blanda; finalmente examiné cuidadosamente el cuerpo, que nadie había tocado antes de mi llegada. *Sir* Charles yacía boca abajo, con los brazos extendidos, los dedos hundidos en el suelo y las facciones tan distorsionadas por alguna emoción fuerte que, difícilmente, hubiera podido afirmar, bajo juramento, que se trataba del propietario de la mansión de los Baskerville. No había, desde luego, lesión corporal alguna. Pero Barrymore hizo una afirmación incorrecta durante la investigación. Dijo que no había rastro alguno en el suelo, alrededor del cadáver. El mayordomo no observó ninguno, pero yo sí. Se encontraba a cierta distancia, pero era reciente y muy claro.

—¿Huellas?

—Huellas.

—¿De un hombre o de una mujer?

El doctor Mortimer nos miró extrañamente durante un instante, y su voz se convirtió casi en un susurro al contestar:

—Señor Holmes, ¡eran las huellas de un mastín gigantesco!